**CLAUSURA DE LA XXXVII ASAMBLEA DIOCESANA DE PASTORAL Y APERTURA DEL II CONGRESO EUCARISTICO DIOCESANO.**

**18 de Septiembre de 2015.**

Saludo con afecto paternal a todos mis hermanos sacerdotes , a las hermanas religiosas, a los seminaristas y a todos los fieles laicos que han participado en la XXXVII Asamblea Diocesana de Pastoral y en especial a los de la Foranía de Tula, sede del II Congreso Eucarístico Diocesano que hoy iniciamos y que culminará en Septiembre de 2016.

Con la Gracia de Dios y con la asistencia siempre iluminadora y vivificante del Espíritu Santo hoy estamos clausurando nuestra XXXVII Asamblea Diocesana, y al mismo tiempo hoy hacemos la apertura de las celebraciones de nuestro II Congreso Eucarístico Diocesano.

Este acontecimiento en la vida de nuestra Iglesia diocesana se enmarca en la Celebración del Congreso Eucarístico Nacional que se celebró la semana pasada en Monterrey y en la que participaron un buen número de fieles de esta Diócesis; y también en el marco de la Celebración del próximo Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará en el mes de Enero de 2016 en la Diócesis de Cebú en Filipinas.

Los trabajos de nuestra Asamblea Diocesana dando continuidad a la puesta en práctica de nuestro Plan Diocesano de Pastoral, ponen como eje transversal de toda nuestra acción pastoral : La Iglesia casa y escuela de comunión. Por ello resulta muy oportuno que hoy pongamos en el centro de toda nuestra vida cristiana y de nuestra acción pastoral a Jesús Eucaristía.

La Eucaristía no es sólo constitutiva del ser de la Iglesia, sino también de su actuar. Lo expresó espléndidamente el Concilio cuando dijo que era la “fuente y cumbre de la vida cristiana” (SC, 10). La fracción del pan estaba en el centro de la primera comunidad cristiana (Hech 2, 42) y sigue siendo el centro de la vida eclesial. De ella , como sacramento de unidad y vínculo de caridad, brota la fuerza necesaria para llevar a cabo toda la acción de la Iglesia: la liturgia, la palabra y la caridad. La Eucaristía no sólo es fuente y culmen de la vida de la Iglesia, sino también de su misión.

De todo esto se desprende la intima relación que tiene la Sagrada Eucaristía con las diversas mediaciones que deben darnos la mística y la inspiración en la realización de nuestro VI Plan Diocesano de Pastoral. Quisiera por ello reflexionar con ustedes cómo la Eucaristía esta íntimamente unida a estas mediaciones eclesiales.

EUCARISTíA Y MARTIRÍA

“No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Esto exige que sea comunicado a todos*”*( SC 84). Proclamamos lo que celebramos, anunciamos su muerte y resurrección, vivida sacramentalmente en la Eucaristía. La Eucaristía alimenta la fe y conduce a comunicarla. No podemos sentarnos a la mesa del Resucitado sin sentir la llamada a dar testimonio de la experiencia vivida junto a Él. Cada Misa nos compromete a ser testigos, a contar lo sucedido y “cómo lo reconocieron al partir el pan” (Lc 24, 35).

 No es posible celebrar y adorar verdaderamente la Eucaristía sin verse confrontado con la propia vocación y misión recibida desde el bautismo, y que debemos renovar constantemente en nuestra vida: ser testigos de Jesucristo resucitado en la Iglesia y en el mundo. Una vida auténticamente eucarística es una vida misionera. Por ello valdría la pena preguntarnos: ¿Cómo acrecentar la fuerza evangelizadora de nuestra celebración eucarística?

EUCARISTIA Y DIACONIA.

La Eucaristía es una escuela de amor al prójimo. Nos educa en ese amor. Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre. Celebrar la Eucaristía nos debe conducir a vivir abiertos a los demás, con entrañas para todo hombre y sus necesidades. El amor experimentado junto al altar ha de traducirse en servicio a los demás. No se puede recibir el Cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o son migrantes, están encadenados o se encuentran enfermos.

En una Plegaria Eucarística lo decimos muy claramente: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana. Inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado” (V/b).

Los cristianos debemos expresar esta conexión entre la Eucaristía y el servicio de caridad en la comunicación de bienes y la solidaridad con los necesitados. No se puede compartir el Cuerpo del Señor, cuando no se comparten los bienes. Una celebración eucarística que no lleve a encontrarse con los hombres allí donde viven, trabajan y sufren, para llevarles el amor de Dios, no manifiesta la verdad que encierra. La Eucaristía es escuela de caridad y de solidaridad . Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma” (Sacramentum Caritatis 82)

¿Qué hacer para conectar más estrechamente la Eucaristía y la caridad?

EUCARISTÍA Y KOINONIA

Como hemos visto, en torno a la Mesa de la Eucaristía se constituye, edifica y renueva la Iglesia. Es la Eucaristía la que da origen a la “koinonía” en que consiste la Iglesia. Es la Eucaristía la que impulsa su hacer, el “munus evangelizandi” confiado por el Señor. La Iglesia nace y es forjada en cada momento por la Eucaristía.

La Eucaristía edifica la Comunidad. La comunidad nace de la Eucaristía, La Eucaristía realiza la comunión, La Iglesia crece por la Eucaristía

EUCARISTíA Y LEITURGíA,

El Concilio Vaticano II nos dice: “No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la Sagrada Eucaristía” (Presbyterorum Ordinis 6).

Lo que nos hace ser comunidad cristiana es la reunión en torno a la Mesa donde se hace la fracción del pan. En efecto, la Iglesia y dentro de ella la parroquia, nace, crece y es edificada por la Eucaristía. Lo resumió perfectamente San Juan Pablo II al decir: “La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada”.

Vale la pena que, como pastores, nos detengamos a pensar cómo podemos hacer de la Eucaristía el verdadero centro de la comunidad parroquial, conscientes de que de ello depende el mismo existir de la parroquia.

Por otra parte una comunidad que valora la Eucaristía, apreciará también el sacerdocio y se preocupará de la pastoral vocacional, para que la Iglesia cuente con los ministros que celebren la Eucaristía. No hay Eucaristía sin sacerdocio, ni sacerdocio sin Eucaristía.

Por ello es necesario preguntarnos: ¿Cómo hacer que la Eucaristía sea el verdadero corazón de la vida de nuestras parroquias?

Que María Santísima, La Mujer Eucarística, nos acompañe en la celebración de este Jubileo Eucarístico, que ojalá vivamos intensamente al coincidir providencialmente con el Año de la Misericordia, pues bien sabemos que la comunión intima con Dios supone la reconciliación con Dios y con los hermanos.

**Mons. Juan Pedro Juárez Meléndez**

**Obispo de Tula**